

FIN DE SIGLO EN EL VALLE DE MÉXICO

GABRIEL ZAID

1. LA CUMBRE PROMETIDA

En 1325, una tribu pobre pero ambiciosa llegó a los lagos del valle de México. Venía del norte, había recorrido miles de kilómetros y fue mal recibida, pero su larga peregrinación culminó en el centro del mundo revelado por Huitzilopochtli:

Desde aquí, conquistaremos a todos los que nos rodean; aquí estará por siempre Tenochtitlán —dice un poema náhuatl.

Y así fue: el imperio azteca se extendió por dos siglos, hasta que una tribu de conquistadores pobres pero ambiciosos subió del Océano Atlántico. Lo normal hubiera sido que colonizara la costa. En un mapa del continente americano se puede observar que casi todo desemboca en el Atlántico, que la población se concentra junto al mar: recién desembarcada o lista para embarcarse a Europa. Predominan las ciudades que son puertos de conversación a través de los mares, a diferencia de México, que habla sólo con Dios, en las altas cumbres.

Pero la nueva tribu tuvo que subir al centro del mundo indígena para dominarlo. Muy pronto, sin embargo, en 1531, el mundo indígena recuperó el centro sagrado, aunque no por las armas, sino por un nuevo diálogo hacia lo alto, cuando la Virgen de Guadalupe le pidió al indio Juan Diego un templo, que hasta hoy sigue siendo una meca religiosa.

No hay ventajas naturales ni razones económicas para explicar que tantos millones de personas hayan subido a México. La verdadera explicación está en las religiones tradicionales y en la nueva religión del progreso, que también pide ascenso y transfiguración. La ciudad de México sigue siendo, como en sus orígenes, la cumbre prometida del poder y la gloria.

2. VALLE DE LOS MILAGROS

Subí a la ciudad de México en autobús, por los vericuetos montañosos que desembocan en la gran planicie, después de veinte horas incómodas, como un joven peregrino que llega a un santuario, esperando milagros, y el primero fue la lluvia.

En Monterrey casi nunca llovía, y menos aún en el verano. Pero el valle de México daba señales de tener tratos especiales con Dios. Todos los días, como a las cuatro de la tarde, los cielos se nublaban y gesticulaban y gritaban, descargando la lluvia, pero se apaciguaban, y, después de las cinco, desplegaban el arco iris de la reconciliación.

Era el año de gracia de 1953. Había ido como estudiante, en las vacaciones de verano, a hacer prácticas profesionales en una fábrica de llantas de automóvil. También la industria moderna me pareció una revelación. Treinta años después, cuando se publicaron unas cartas de Juan Rulfo y en ellas descubrí que habíamos trabajado en el mismo lugar al mismo tiempo (él en ventas y yo en ingeniería industrial), me sorprendió su descripción sombría de la fábrica. Cruzábamos la misma puerta, pero no entrábamos al mismo lugar.

Al salir de la fábrica, ya había pasado la lluvia, y me iba con otro estudiante de Monterrey al centro de la ciudad, a los otros milagros: las exposiciones, el teatro, los conciertos, las conferencias, las librerías, los cafés, el simple deambular, como provincianos dispuestos a maravillarse.

Alguna vez, después de observar, como todos los turistas, cuántos centímetros llevaba de hundimiento el Palacio de Bellas Artes, entramos para escuchar una conferencia del pintor Diego Rivera, que declaraba su menosprecio del edificio, con humor negro:

—En este Palacio de Bellas Artes, que tanto tarda en hundirse...

3. CAPITAL CORTESANA

Poca gente sabe que la famosa "Epístola moral a Fabio" fue escrita para un amigo ambicioso que hizo carrera en México:

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto salen canas.

Cuatrocientos años después, tantos millones de

ambiciosos hemos llegado a la ciudad de México, que es una de las mayores del mundo. Ambiciones políticas, económicas, sociales, profesionales, artísticas, literarias, confluyen a la ciudad de México, como al centro del verdadero ser, fuera del cual no se es o se es mucho menos.

México siempre ha sido una capital cortesana, y esto deja un sello en los capitalinos. Por ejemplo:

El aseo y el buen vestir, que tienen que ver con tradiciones indígenas, pero también con las necesidades prácticas de convivir en una muchedumbre espesa y distinguirse en el tumulto.

La buena presentación y las credenciales necesarias para desenvolverse entre desconocidos se convierten en algo más sutil: máscaras adecuadas de la personalidad y la conducta.

La cortesía y la cortesanía parecen manifestarse en otros rasgos: la voz baja, el exceso de diminutivos, el sentimiento de que las formas imperativas pueden parecer una agresión. En la mesa, en vez del categórico: "Pásame la sal", se prefiere el dubitativo: "¿Me permites la sal?" En una tienda, en vez del imperativo: "Dígame, ¿cuánto cuesta?", se prefiere el suplicante: "Perdone, ¿cuánto cuesta?"

Esto desmiente la caricatura del mexicano pronto a sacar la pistola, pero la confirma de otra manera.

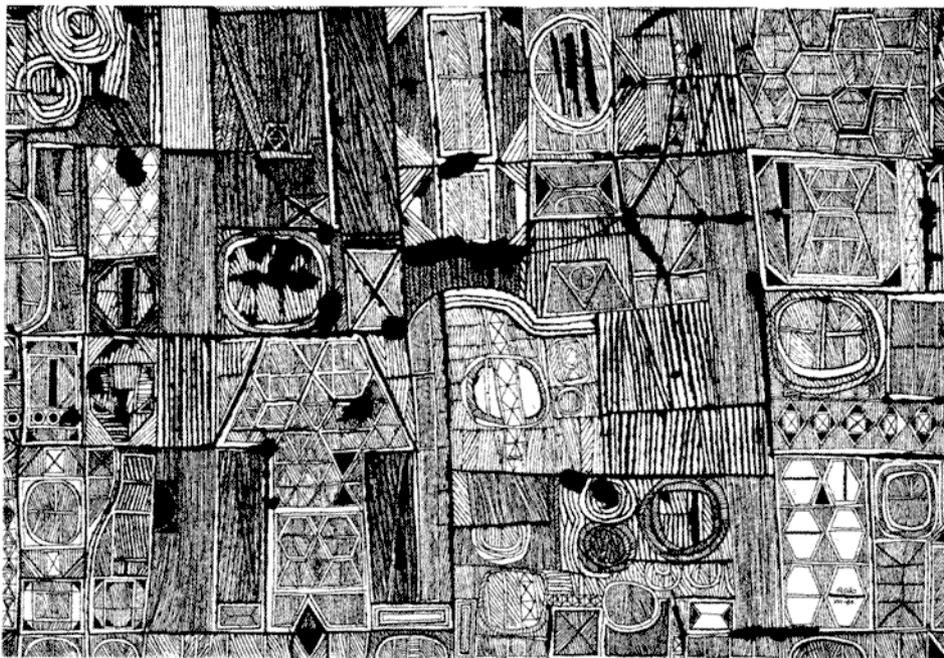
Cuando se sabe que en cualquier incidente puede estallar la violencia, la extrema cortesía es una buena precaución.

4. LUZ Y TINTA

Cuando llegué a vivir a la ciudad de México en 1958, caminaba muchísimo. El aire era tan limpio que todo parecía estar más cerca de lo que estaba. Alguna cúpula remota, alguna fachada que parecía insinuarse al fin de una larga calle me llevaban más allá de mis fuerzas, a descubrir, a veces, que ni la cúpula remota ni la fachada tenían importancia, sino aquella luz prometedora de revelaciones inminentes, aquella luz del valle de México pintada por José María Velasco, como un mirador de la eternidad sobre el inmenso valle. Y yo no sabía si se me doblaban las rodillas de cansancio o de veneración.

Ahora la luz llega a través de una mancha de tinta suspendida en el aire, y la ciudad se ha vuelto inabarcable. El único mirador que parece abarcarlo todo es la lectura de los periódicos, pero no como un paisaje de Velasco, sino como el paisaje a tinta indescifrable de una mancha de Rorschach o los residuos de una taza de café.

En todo el mundo, leer el periódico sirve para re-



Estudio para laberinto 3, 1964.

fugiarse en la ilusión de un mirador que todo lo contempla. Podemos escapar de la Guerra de Troya, remontarnos a discutirla con los dioses, contemplar las batallas, juzgar a los generales, echarle un buen vistazo a Elena, decidir finalmente quién tenía razón. Pero, en México, este placer olímpico es mayor porque la gente desconfía. Todo es leído con malicia, como si las noticias mismas fueran la continuación de la Guerra de Troya por otros medios. Todo lo que está a la vista se considera engañoso, y debe ser superado para alcanzar la estrella que nadie ha visto. Más allá, en el séptimo cielo de la malicia, se revelan los misterios del universo: el alef invisible, conjetural, que todo lo abarca y todo lo explica.

5. LA SUPERPRODUCCIÓN

El siglo XIX terminó como un paseante por los bulevares de París, embobado con el progreso, sin ver lo que venía: la superproducción demográfica, agrícola, minera, urbana, industrial, militar, cultural. El siglo XX termina en la producción frenética de vacío.

En esta ciudad de México, que ya no tarda tanto

en hundirse, seguimos extrayendo agua no renovable, seguimos quemando energía no renovable, seguimos en la superproducción de basura, inseguridad, aire sucio y corrupción; fascinados por la ambición y sus batallas campales, por el alef de plata en el ombligo de la luna, por el humo del espejo en la piedra de sacrificios.

Quizá las nuevas tribus ambiciosas emprendan el regreso a Aztlán: la conquista de Hollywood, Harvard, Wall Street. Quizá la capital abandonada por el afán de superproducción llegue a ser más humana.

6. LA PROVINCIA ESCONDIDA

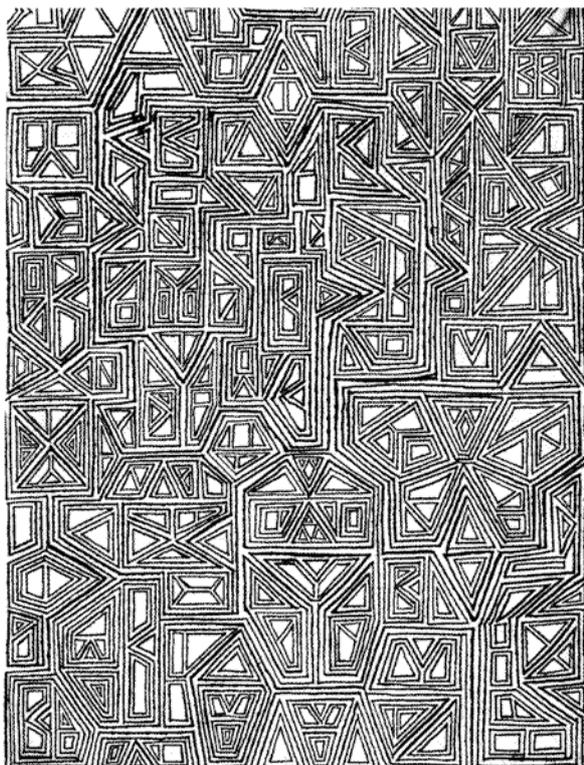
Los provincianos se quejan del centralismo de la capital, con razón, olvidando que está a cargo de provincianos llegados a la ciudad de México. Casi la mitad de la población nació en otras ciudades, y entre los nativos predominan los de primera generación, que todavía se sienten vinculados a otras ciudades.

Esta doble pertenencia es tan importante, que algunos que no la tienen llegan a sentir que les falta algo, como si la ciudad de México, a diferencia de las otras, no pudiera vivirse como un lugar de origen.

Muchos capitalinos piensan volver a su "patria chica", o cuando menos retirarse a una ciudad más tranquila, menos contaminada. Pero hay algo en los estímulos mentales de la capital, en su intensidad, en su variedad, que nos vuelve adictos. Todos tenemos amigos que se marcharon a reconstruir el paraíso perdido en una ciudad de provincia y que, unos años después, llegan de vuelta.

La otra solución es tener algo provinciano en México. Hay barrios de la ciudad que, en cierta forma, reconstruyen la provincia perdida, como una forma de equilibrio. Y yo mismo, hace algunos años, sentí que recuperaba algo de mis orígenes, cuando logré tener mi casa y mis oficinas a una distancia que se recorre a pie. Tener el privilegio de ir a comer a la casa me hizo sentirme provinciano otra vez.

En las noches, paseando por el barrio con mi mujer, con el pretexto de escoltar al perro, siento que vivimos en otra ciudad. Mi mujer es amiga de algunos eucalipetos, que se animan mucho cuando los saluda, y hasta han vuelto a crecer, desde que se sienten acompañados. Y yo me siento en la provincia y en la capital de los milagros. ◀



Estudio para laberinto 5, 1964.